

Qué tentador puede ser el llamado de las notas a pie de página:¹ un guiño² a desviarse,³ a irse de excursión fuera⁴ del cuerpo del texto, a veces en dirección de lo desconocido, en busca del placer miope⁵ de los márgenes.

Alguna vez reducto del detalle y de lo lateral,⁶ la nota al pie vive quizá su peor momento reducida a bastón (y bastión) de la academia⁷ o esgrimida como espada del pedante... Antes que la promesa de otra voz⁸ que acompaña o complementa el discurso, se ha convertido en un incordio, en ese mosquito⁹ que nos distrae de la lectura.

1. En la topología de la página, las notas suelen disponerse en el margen inferior –en los sótanos, por decirlo así– del discurso principal.^{1.1} Después de tropezar con el llamado de la nota, los ojos se salen del renglón para hacer un viaje al subsuelo de la página, a lo que podrían ser sus cimientos –si la enfocamos desde un punto de vista arquitectónico–, o a su inframundo –si la concebimos como un espacio mitológico–, que la nutre y sostiene las ramas del texto.^{1.2} Ya la designación como “pie” alude a su perfil bifronte: es algo bajo e inferior, pero que sirve de apoyo y base. Y no es infrecuente que al realizar ese descenso abrupto a sus dominios, la nota nos trate “con la punta del pie”, como cuando nos arroja a los riscos de un escueto “*Ibidem*”,^{1.3} o que, en contraste, sea la forma codificada en que el cuerpo del texto pone “los pies en la tierra” y se vale del suelo firme de las fuentes y los materiales archivados para desenvolverse mejor.

1.1 El corte vertical de una página revela que su estructura se corresponde con la jerarquía que reina en ámbitos como el cuerpo humano y el cuerpo colectivo. Arriba, la cabeza, con sus caracteres enormes y sus florituras capitulares; abajo,^{1.1.1} las notas, discretas, serviciales y un tanto vergonzantes. La división es también social, de alcances políticos, como en aquella película de Robert Altman, *Gosford Park*, donde la trama se divide escaleras arriba y escaleras abajo: en la parte superior se desarrolla una comedia, mientras que en la zona de la servidumbre asistimos a un drama. El metro, para seguir con la jerarquía desde una óptica urbanística, se desliza en túneles subterráneos, mientras que las autopistas de peaje se elevan cada vez más hacia los segundos y terceros pisos...

1.2 La función de anclaje de la nota al pie, concebida como documentación y como una forma de revelar el proceso de investigación (lo cual comporta el gesto de compartir las fuentes y de estar abiertos al escrutinio) no ha impedido que muchos se vayan por las ramas aun en esa zona ceñida en que la tipografía se encoge e instintivamente procuramos la concisión.^{1.2.1}

1.3 A propósito de anticlímax y notas al pie, se ha vuelto común citar a Noel Coward: “Encontrarse con una nota al pie es como bajar las escaleras porque alguien toca el timbre mientras hacemos el amor”.^{1.3.1} Se trata de una analogía divertida, quizá picante, pero engañosa. Sin entrar en la impertinencia de preguntarse cómo debe entenderse el acto sexual para que acepte la comparación con el goce casi inmóvil de la lectura, hay que asumir que no todo es euforia al sostener un libro entre las manos y que muchas veces, a mitad de una línea, incluso antes de alcanzar el final del párrafo, nos sentimos confundidos o tenemos curiosidad de saber el origen de lo que leemos o quizá empezamos a cabecear o queremos romper el hilo con el que la autora nos ha guiado a lo largo de pasillos desconcertantes. ¡Qué felicidad la de tropezar entonces con la promesa de una nota al pie! Cruzarse con su llamado puede compararse también con bajar las escaleras^{1.3.2} porque alguien toca el timbre mientras damos vueltas y más vueltas en el laberinto de la página.

1.1.1 Aunque no es lo habitual, todavía hay quien coloca las notas en los márgenes laterales –por ejemplo, Paul Valéry en algunos de sus libros–, quizá como recuerdo y homenaje de los escolios y la marginalia (que a su manera conforman un arte en sí mismo, en busca continua por su independencia). Para ello, sin embargo, hay que dejar vastas zonas en blanco y contar con reservas abundantes de papel.

1.2.1 El mayor divagador de la historia en las provincias bajas del papel fue John Hodgson, anticuario inglés del siglo XIX, quien se explayó a lo largo de 165 páginas en su *History of Northumberland* para completar una sola nota –¡prácticamente un libro adentro de otro libro!–, al parecer con resultados más soporíferos que esclarecedores.

1.3.1 *Ibidem*.

1.3.2 La metáfora misma de la escalera, que se ha consolidado con respecto a las notas, se antoja equívoca y hasta un poco cansina. Más que un descenso paulatino por las gradas de los renglones, más que ese paso fastidiado de viejo cascarrabias que baja porque llaman a la puerta, hay en realidad un salto, un no sé qué de aéreo y de expectativa súbita, como quien se lanza de clavado desde las alturas. Seguir el llamado de una nota al pie se asemeja a descolgarse por una cuerda o dejarse caer por el tubo de la estación de bomberos ante las señales de humo de la página.

2. Los números, las cruces y sobre todo los asteriscos^{2.1} indican el punto de la bifurcación, el momento de decidir si seguimos por el cauce natural del discurso o nos adentramos por una senda oblicua, dejándonos llevar por el impulso de la interrupción y del paréntesis. Aunque se han encontrado asteriscos incluso en las pinturas rupestres, el primero en utilizarlo como marca de texto fue Aristarco de Samotracia. Director de la Biblioteca de Alejandría hace casi dos mil doscientos años, a él le debemos la primera edición crítica de los poemas homéricos, así como el primer conjunto de signos

para lo que denominamos “aparato crítico”. El asterisco, en su antigua notación, advertía sobre las repeticiones innecesarias.

2.1 El asterisco, hijo no reconocido del signo + y de la x (garabatos elementales dibujados en los márgenes de los libros de todas las épocas) me recuerda a un ojo alerta y sonriente, antes que propiamente a un guiño. Estrella de tinta, pequeño sol que salpica la página,^{2.1.1} tiene algo titilante y pertinaz, y suele ser tan insistente y porfiado como el personaje del asterisco en aquel [capítulo inolvidable](#) de *La pantera rosa*.

2.1.1 Además de una estrella diminuta, la forma del asterisco remite a una salpicadura de tinta (en inglés así se le designa a veces: *slat*). Como sea, el paisaje de una página atestada de asteriscos hace pensar menos en un cuadro de Jackson Pollock que en un cielo estrellado en negativo, en negro sobre blanco.

3. La ruta de la nota al pie es incierta, a pesar de que el movimiento ocular que lleva a ella se haya vuelto un tanto mecánico, quizás en consonancia con las inercias y automatismos de la academia. Así como la desviación puede conducir al callejón sin salida de una referencia inaccesible o superflua, también puede desembocar en un alarde de erudición y buena prosa, o en un hallazgo que justifique la totalidad de la lectura. Esa señal en el camino, ese mojón minúsculo y un tanto dislocado que suele pasar inadvertido sobre todo cuando volamos absortos y acaso felices por la página, no esconde su condición de trampa:^{3.1} está allí para abrir una fisura, para proponer un movimiento alterno o entornar una puerta en medio de lo que antes parecía compacto y unitario pero que, ya sólo por la fronda de las notas, no lo parece tanto.^{3.2}

3.1 Estamos mejor dispuestos a seguir el señuelo que el texto tiende contra sí mismo cuando sentimos que el discurso se vuelve fatigoso o empieza a cojear, que avanza con torpeza y dificultad, como necesitado de muletas, o bien flota fantasiosamente a la manera de una alfombra antojadiza y carente de sustento. A veces la trampa se vuelve de tal modo contra sí misma que ya no volvemos nunca más al texto inicial, hechizados y acaso abducidos por el atractivo de la nota, extraviados en la espesura de su maravilla y en los nuevos horizontes que abre, y no es extraño que, a partir de sus insinuaciones, nos fuguemos en busca de otro libro más sugestivo o relevante.^{3.1.1} Si el texto, por el contrario, fluye bien y nos atrapa y transporta a donde quiere, entonces nos saltamos esos llamados y hacemos oídos sordos a la distracción que introducen.

3.2 La posibilidad de insertar una nota al pie en cualquier momento del discurso, sin esperar siquiera la pausa de un punto y aparte, genera el vértigo de la interrupción, el agujonazo, difícil de resistir, de lo proliferante, ese júbilo perturbador de que todo texto, así como cualquiera de sus partes, pueda ser la matriz potencial de infinitas desviaciones.^{3.2.1}

3.1.1 Como opciones para esa posible fuga, recomiendo el libro de referencia ya clásico de Anthony Grafton, *Los orígenes trágicos de la erudición. Breve tratado de la nota al pie de página*. Buenos Aires: FCE, 1998. Y, con más sentido del humor, aunque quizás redundante, el de Chuck Zerby, *The Devil's Detail: A History of Footnotes*. EUA: Invisible Cities Press, 2001.

3.2.1 El texto concebido como jardín de senderos que se bifurcan es también uno de los antecedentes del hipertexto, con su algarabía de enlaces y nodos virtuales que no responden a una secuencia lineal.

4. El margen del discurso no es, desde luego, el afuera de la página, y hay distintos grados en los que el texto puede bascular con sus notas, plantear un juego de idea y vuelta entre el cuerpo y sus orillas, según el modelo de sistema solar de movimiento continuo, o bien darse la espalda y coexistir sólo por compromiso, según el modelo de las habitaciones separadas. Aunque hay editores que por comodidad o pereza –o franco desprecio del aparato crítico– las sitúan al final del texto, en un apéndice lejano y perdidizo, doblemente difícil de consultar,^{4.1} la ubicación no es garantía de nada, y aun en la página de un libro de bolsillo las notas pueden estar conceptualmente a kilómetros de distancia del discurso del que se desprenden.

4.1 David Foster Wallace, renovador y pálido monarca contemporáneo de las notas, decidió colocar la masa exuberante que completa su novela mastodóntica *La broma infinita* al final del libro y no al pie, para fortuna y alivio de los maquetadores (388 notas en total, sin contar las que incluyen sus propias notas al pie...), a pesar de que el editor, Michael Pietsch, insistía en que figuraran al calce, no importa lo enredado que ello pudiera resultar al momento de diagramarlo. La decisión, además de práctica, fue desde luego también artística, y Foster Wallace no vaciló en exponer sus motivaciones en una lista al mismo tiempo enigmática, polémica e influyente (apunta, por ejemplo, que esa disposición le permite deslizarse hacia un estilo más discursivo, y que el ir y venir al que obligan al lector por el cuerpo del libro se corresponde con algunas de sus preocupaciones temáticas).^{4.1.1} Se ha escrito tanto ya sobre esa lista que se podrían armar diez volúmenes, tan abultados como la novela misma, sólo de comentarios y disquisiciones sobre sus implicaciones; lo decisivo es que las notas, desplazadas al final, abren una fractura múltiple de la linealidad, abjuran de lo monolítico y enfatizan la predilección del autor por lo deliberadamente poroso e inestable, por la proximidad con el pastiche y lo abigarrado, por las marcas de lo roto después de que se ha vuelto a coser y queda plagado de hilos por todas partes, incluso alguno de ellos suelto...^{4.1.2}

4.1.1 Para leer más sobre el desafío de publicar a David Foster Wallace y la ubicación de las notas, véase [“‘Neurotic and Obsessive’ but ‘not too Intransigent or Defensive’: Editing David Foster Wallace’](#), de Zac Farber.

4.1.2 Se podría sospechar que Foster Wallace padecía algún tipo de fetichismo por las notas al pie, derivado de su relación ambigua con las universidades y las aulas. Más allá de las distintas funciones que le asigna a las notas en libros como *La broma infinita* y *Hablemos de langostas*, que escribió en un mismo periodo (funciones propiamente narrativas, de apoyo documental, para el manejo de datos, para dotar de mayor verosimilitud a ciertos apartados, como puente secreto entre lecturas, metarreflexivas, etcétera), si bien en mayor o menor medida estén todas atravesadas por el pedigrí de la academia, por ese halo de reverencia a las fuentes y de meticulosidad en el reconocimiento de las ideas ajenas, en algún punto logra desembarazarlas de su lastre escolástico, de su tiesura un tanto maquinal y su obsesión por la pertinencia, para convertirse en algo más que una simple técnica que puede ser celebrada –y, a la vez subvertida– trasladándola a terrenos poco acostumbrados como el de la novela. Lo que quizá descubre en esa etapa de su escritura es que la nota al pie puede ser mucho más que una herramienta neurótica, puede ser una estética, una estética del desdoblamiento y de la pluralidad de voces, de la disgregación de los tonos y las perspectivas, gracias a la cual el texto deja de temer que se noten sus costuras y más bien se preste a agrietarse y a romperse para llegar a donde quiere.^{4.1.2.1}

4.1.2.1 Una vez que el texto se entrega a la discontinuidad, ya no hay quien lo detenga en su proceso de anudarse y recomponerse a través de la infinidad de hilos impalpables de las notas.

5. Desde que auguran el placer morboso de asomarse tras las bambalinas de la escritura y entrever el proceso de su gestación, las notas son frecuentadas aun por aquellos que, en el tránsito que va del texto a sus márgenes, deben cambiar de anteojos y de gradación.^{5.1} Para otros, en contraste, incluso para los que presumen una visión 20/20, el aparato crítico no es más que una mancha borrosa ajustada a la caja tipográfica...

5.1 La reducción del tamaño de la letra, en cuanto convención editorial, responde a una supeditación y estructura jerárquicas, y también a cierta tacañería en el manejo del espacio, pero se enfrenta al desafío de la nota que incluye a su vez una nota y acaso otra.^{5.1.1}

5.1.1 Lo que podríamos denominar “nota en abismo”,^{5.1.1.1} ese proceso menguante (no sabemos si también en importancia), hace que la lectura se vuelva un asunto de lupas y microscopía.

5.1.1.1 Mario Levrero incursionó en este procedimiento en “Precaución”, texto inclasificable que gira alrededor de los teratomas.^{5.1.1.1.1}

5.1.1.1.1 La vocación última de la nota de la nota no necesariamente es rizar el rizo; es quizá desaparecer.^{5.1.1.1.1.1}

5.1.1.1.1.1 Empequeñecer hasta alcanzar, incluso gráficamente, la condición de un susurro, de un zumbido.^{5.1.1.1.1.1.1}

5.1.1.1.1.1.1 Que, en el fondo, es quizá a lo que se reduce todo comentario.^{5.1.1.1.1.1.1.1}

5.1.1.1.1.1.1.1 Como en los contratos, hay que irse con cuidado con la letra chiquita.

6. Hay una pugna, un combate tanto conceptual como tipográfico, entre el texto y sus notas por la centralidad del discurso. Los comentaristas suelen estar convencidos de que sus apuntes y aclaraciones eruditas son más importantes que el texto del que derivan y no dudan en exigir para ellas un espacio tan pródigo como el de la obra original, de ser posible mayor.^{6.1} *Pálido fuego*, de Vladimir Nabokov, homenaje y parodia del intrincado aparato de las notas al margen, es un buen ejemplo de esa lucha: en mi ejemplar de Editorial Sudamericana (1974), el poema del mismo título de John Francis Shade, que sirve de base a los apuntes, abarca 39 páginas, mientras que la introducción (11), los comentarios (232) y el índice (13), a cargo de Charles Kinbote, lo superan, en conjunto, casi siete veces. Libro de ficción al fin y al cabo, parte del cometido de Nabokov es llevar hasta a sus últimas consecuencias la voracidad vampírica del texto ancilar, que crece sin control a costillas del texto al cual se debe –como un parásito que cambia de signo la función de huésped, hasta finalmente devorarlo–, todo con el fin de conseguir lo inusitado, el sueño inconfesable del escoliasta: que el texto principal *sean* los comentarios.^{6.2}

6.1 Como la mayoría de las guerras, la lucha de las notas es una lucha por el territorio.^{6.1.1} El adagio de los eruditos: “Dadme el espacio para una nota al pie y cambiaré el mundo”, con el que logran persuadir a los editores incautos, debe contraponerse al refrán con el que diseñadores, correctores e incluso lectores quieren poner freno a sus abusos de confianza: “A un erudito le das un pie de página y quiere tomarse todo el cuerpo”.^{6.1.2}

6.2 El dispositivo de las notas, gracias al circuito académico que lo ha entronizado, ha hecho que se cargue de cierta aura de autoridad, y que ya sólo por su forma se asocie con el rigor, la pertinencia, el sustento documental, etcétera. Es con ese dispositivo y esa forma con los que Nabokov experimenta en *Pálido fuego* para desviarlos en beneficio de la narración de diversas historias. Lo que se ha convertido en la técnica por excelencia de la universidad, se libera^{6.2.1} y cobra nueva vida en un contexto apenas distinto, si se quiere más antojadizo y delirante, donde el comentario se tuerce a la menor provocación para dar lugar al relato o la remembranza, en una auténtica bacanal de la digresión.

6.1.1 Algunas de las batallas más feroces de la Academia han tenido por escenario el territorio minado –sólo en apariencia reseco y de cartón– de las notas al pie.

6.1.2 Para el formador editorial, no hay peor pesadilla que las notas al pie, en particular cuando se extienden demasiado y deben continuar en la página siguiente. Para el académico, no hay mayor sueño que la prolongación de las notas al pie, en particular cuando se extienden demasiado y deben continuar en la página siguiente.

6.2.1 La lucha que libran las notas al pie por el espacio cabría enfocarla también como una forma de insurrección. Tanto se ha insistido en su carácter subordinado, con tanta altanería se ha identificado el borde inferior con los cuchitriles de la servidumbre y el vasallaje, que el impulso latente en toda nota por apoderarse del territorio huele a pólvora y a revuelta.

6 ½. Entre las muchas aberraciones^{6 ½.1} del aparato crítico está la nota-polizón, la nota al pie que cuelga de la nada, sin que venga a cuento, cuyo llamado es ella misma, a la manera de un guiño autosuficiente que vuelve sobre sí, que mancha e interrumpe el texto como un escándalo editorial, como una prueba del poco rigor de la escritura, no se sabe si ufana de su importancia o más bien taimada y sigilosa para no ser descubierta antes de tiempo.

6 ½.1 La nota adentro de la nota debe ser considerada un regodeo, sino es que abiertamente un escándalo: desencadena un juego de cajas chinas en una orilla de papel y amenaza con no detenerse nunca.

7. Pese a que en tiempos de la Academia de Platón^{7.1} (siglo IV a.C) todavía no se inventaban las notas a pie de página, la institución de la academia contemporánea le debe mucho a esa tecnología de la escritura. El sustento de una investigación en fuentes confiables, identificadas con claridad, tiene detrás una larga y desperdigada historia que se remonta a los escribas y estudiosos de la antigüedad, que restauraban y comentaban textos que de otra manera probablemente se habrían perdido, y también debe mucho a la tradición de hombres de leyes que, en los primeros siglos de nuestra era, insistían en la necesidad de citar voces autorizadas. La nota al pie,^{7.2} en cuanto tecnología de la escritura que despliega y sistematiza ese sustento, permite que el texto se desarrolle en dos planos: el de los resultados de la investigación –o su narrativa–, y el de su proceso y bases –o su mapa y ruta intelectual–, desplegados de tal modo que queden abiertos al examen y contribuyan a la acumulación colectiva del saber. Pero así como la academia tiene algo de pabellón hospitalario cuyo pilar es la cita,^{7.3} también ha degenerado como la mayor oficina burocrática imaginable, que produce toneladas de textos en serie a partir de un formato estandarizado, sin importar su relevancia para el conocimiento –y ni siquiera su valía social o personal, pues rara vez responden a los intereses de quienes los redactan.

7.1 La célebre frase de A.N. Whitehead: “toda la filosofía occidental no consiste más que en una serie de notas al pie de página de las obras de Platón,^{7.1.1} puede ser leída como una denuncia del destino de la filosofía escolarizada, atrapada en la tarea minuciosa de vestir las pulgas de la exégesis y en estirar el hilo del comentario del comentario hasta límites insospechables.

7.2 Heredera de los escolios y las marcas y abreviaturas de los escribas, la nota al pie no apareció con la estructura que hoy reconocemos sino hasta poco antes del siglo XVII, en la obra de historiadores que se empeñaron en destacar los trabajos que los precedieron y sin los cuales los suyos serían impensables. Incluso si sólo la hubieran adoptado para indicar errores en documentos antiguos o para plantear consideraciones de orden filológico, aquellos estudiosos pioneros en la escisión de los planos de la página introdujeron una técnica revolucionaria que cambiaría para siempre la forma de escribir en las universidades.^{7.2.1}

7.3 Por lo que respecta a la tesis de licenciatura –y ya ni se diga los trabajos de fin de semestre–, lo que se espera del estudiante es el dominio del aparato crítico, la solvencia para estructurar un argumento apoyado en fuentes documentadas y bibliografía. La originalidad de la investigación o la posible contribución al avance del conocimiento son, de cara al rito de titularse, un poco lo de menos. Bastan ideas sustentadas en otras con su crédito correspondiente, según el mecanismo bien aceitado de la cita (y la autoridad que dimana de ella). En esencia, el paso por la universidad consiste en cursar una asignatura que no aparece en el plan de estudios pero que se prolonga durante ocho o nueve semestres: la materia de Nota al pie,^{7.3.1} a fin de alcanzar cierto grado de pericia y sofisticación en su manejo.

7.1.1 En las aulas de filosofía siempre hay un profesor que retoma la frase de Whitehead para inaugurar su curso: “Bienvenidos a una nota más al pie de la obra de Platón”. En mis años universitarios, me desconcertaba y divertía la idea de ingresar no tanto a un salón de clases, sino a una nota al pie: ¡qué fascinante que las notas pudieran concebirse como estructuras arquitectónicas, en cierta forma habitables!

7.2.1 Según Grafton, “la nota al pie moderna es tan esencial para la vida histórica civilizada como el retrete”.^{7.2.1.1} A pesar de que no se antoja una comparación muy feliz en un libro que al fin y al cabo hace un encomio sostenido de su asunto, consigue comunicar la necesidad de la nota al pie y dotarla de cierto sentido de urgencia. No hay que pasar por alto que el símil escatológico alude también a sus respectivas funciones de servicio, tanto como al sitio que ocupan en la arquitectura del libro y de la casa: un lugar discreto, apartado, reducido, al fondo a la derecha, ya irremplazable en la vida occidental.

7.3.1 Si existiera una asignatura para aprender las sutilezas de la nota al pie, más allá de sus convenciones y funcionamiento técnico, podría consistir exclusivamente en la lectura y análisis de la obra monumental en seis volúmenes de Edward Gibbon: *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*. No sé de ningún amante de las notas que no se rinda literalmente a sus pies por la manera brillante y entretenida de deslizar un comentario, por su raro equilibrio entre erudición y sentido del humor y, en fin, por la sagacidad y gracia con la que es capaz de reunir información que tal vez compendie una década. ¡Qué pensaría Gibbon del estilo de los *papers* actuales, producidos en serie en las cadenas de montaje de las universidades!

7.2.1.1 *Op. cit.*, nota 1.3.1.

8. A diferencia de la “otra voz” que introducen los escolios y las anotaciones marginales, que gracias a su puntería y amenidad pueden dar comienzo a un diálogo –o a un remedo de diálogo–, las notas al pie suelen ser excursos que el autor añade a su propio texto y que bien calificarían como una especie de monólogo esquizofrénico o escolios autorreferenciales. Si la franja inferior, fluctuante en tamaño pero casi siempre abigarrada, consiente la convivencia de voces paralelas sobre la página, ¿qué clase de voz es la que despliegan las notas introducidas por uno mismo?^{8.1} ¿De quién es esa voz que opera ese desdoblamiento vigilante y a veces socarrón? ¿Corresponde a una ventriloquia trascendental, que acude a expresiones en desuso como “véase” y abusa de los latinismos abreviados? ¿Es acaso una suerte de voz impostada^{8.2} que viene a apuntalar lo que no parece sostenerse del todo: un andamiaje impersonal para permitir que discurra la voz “verdadera”?

8.1 La distancia material de la nota al pie es, asimismo, una toma de distancia que permite situarse en otro plano e inaugurar una terraza, una plataforma de despegue para el metadiscurso. Mientras que los paréntesis o los guiones largos incorporan una aclaración o un segundo pensamiento que de algún modo continúa el ritmo de la frase, para alcanzar la nota al pie hay que seguir un hilo invisible que en cierta forma la aleja y la posterga, no importa que se sitúe en la misma página. Sería una excentricidad dejar para más tarde lo que está entre paréntesis o guiones; en cambio, las notas aceptan y casi invitan a esa traslación y esa demora –a esa pausa–,^{8.1.1} durante la cual el lector efectúa el salto mental que lo prepara para el cambio de voz y de perspectiva y casi lo previene del riesgo de que el autor se vaya por la tangente.

8.2 Gabriel Zaid, quien ha vuelto varias veces sobre el problema de la nota al pie, la equipara con una suerte de voz en *off*. Así, la nota autoral sería una voz intrusa, superpuesta y servicial, siempre en el límite de volverse protagónica y de que su pedantería se le suba a la cabeza. El paralelo es atinado y quizás iluminador, pero ya que lo envuelve la reserva nunca disimulada del poeta ante la institución académica, se carga de un acento negativo, sarcástico y desdeñoso, que nos sugiere y hace asociar la voz en *off* con el fracaso del lenguaje cinematográfico o con una de las cumbres de la cursilería.^{8.2.1} Pero la nota marginal, en cuanto voz en *off*, bien puede introducir un tono diferente y un contrapunto, algo semejante a la presencia de un cuerpo extraño^{8.2.2} en el discurso central, de una excrescencia que crece hacia abajo como las raíces; alternativas que se presentan más bien fecundas para la escritura y que también pueden ser una delicia para el lector. No porque una técnica atraviese momentos desafortunados (a causa de su institucionalización) se la debe condenar; y no porque sirva a un propósito ancilar significa que vive “de rodillas”.^{8.2.3}

8.1.1 Pausas, desvíos, dilaciones, excursos, metatextos... ¿no son palabras que nos transportan ya hacia los deleites de lo lateral?

8.2.1 Denostada como postizo proveniente de la literatura en la calva del lenguaje cinematográfico, la voz en *off* echaría luz sobre la nota a pie de página y la mostraría como un postizo proveniente de la academia rebajado a tapete en el lenguaje literario. Sin embargo, la voz narrativa superpuesta, en cuanto recurso sonoro del cine, ha propiciado también la creación de innumerables obras maestras. Entre mis favoritas se cuentan *Rebecca* de Hitchcock, *El crepúsculo de los dioses* de Wilder, *El cielo sobre Berlín* de Wenders, *Los espigadores y la espigadora* de Agnès Varda... Una técnica es sólo una técnica es sólo una técnica; cosa muy distinta es la maestría en su práctica.

8.2.2 El texto en el que Mario Levrero explora el mecanismo de las notas gira alrededor del teratoma, lo cual no parece incidental. Lo obsesiona particularmente el teratoma de la mente (que bautiza como *psicotoma*): “Una formación psíquica que aparece como un cuerpo extraño a la psique, con cierto grado de autonomía, limitado en su desarrollo pero que vive a expensas del individuo que lo posee”. Levrero no da el paso siguiente, pues no le interesa definir la nota al pie, sino desviarla, pero su caracterización del psicotoma se ajusta sospechosamente a la de la nota al pie.^{8.2.2.1}

8.2.3 Aun cuando se celebre el disfrute oblicuo de las notas, estas no dejan de ser consideradas, en general, un arte menor, derivativo y subsidiario. La prueba de fuego de la autonomía de las notas quizá consistiría en leerlas haciendo caso omiso del discurso del que se desprenden,^{8.2.3.1} como un texto fragmentario que cuelga del vacío,^{8.2.3.2} que flota en el cielo de los sobreentendidos y consigue sostenerse por su sucesión entrecortada, porque gravita en torno al centro omitido de la tradición.

8.2.2.1 Del griego *teras-*, *teratos* (“pesadilla”, “monstruo”) y *-oma* (“tumor”, “hinchazón”), la nota al pie corre el riesgo de transformarse en teratoma de la escritura. A la manera del tumor del tejido embrionario, su monstruosidad radica en que le crecen pelos, uñas y dientes muy parecidos a los del cuerpo. Y si bien suele encontrarse encapsulado, dada su amenaza en crecer descontroladamente, se diría que busca tomar su lugar, apoderarse de él, reemplazar al cuerpo principal del texto, acecharlo hasta subírsele a la cabeza.

8.2.3.1 Así, por ejemplo, las notas al pie de *La maravillosa vida breve de Óscar Wao*, de Junot Díaz, conforman una historia mínima, hipnotizante y dicharachera (por fuerza deshinchada) de la República Dominicana, en particular del infame dictador Trujillo, también conocido como El Jefe, El Cuatrero Fracasado y Fuckface, quien gobernó el país durante más de treinta años.

8.2.3.2 Tal vez obras como *Colibrí*, de Severo Sarduy^{8.2.3.2.1} o, más explícitamente, *Escolios a un texto implícito* de Nicolás Gómez Dávila, sean tentativas en esa dirección: notas al margen ya liberadas de su anclaje, inscripciones dispersas que remiten a un libro completamente en blanco.^{8.2.3.2.2}

8.2.3.2.1 En la novela de Sarduy (que, por si fuera poco, incluye copiosas notas a pie de página), la búsqueda respondería a una proliferación y desmesura barrocas, a una interrupción continua que podríamos llamar “arborescente”, paradójicamente fértil. En ella las notas al pie, lejos de su función explicativa, apartadas ya del compromiso de asentar un orden en la base del texto, contribuyen más bien a su fractura, a la mezcla de tonos y de puntos de vista, a la conformación de un tapiz epitélico hecho de retazos e imposibilidades, de una superficie incoherente y genial que ha abjurado de la idea de fondo.

8.2.3.2.2 En “The Body: An Essay”, Jenny Bouilly escribe sobre la pérdida y la desaparición en una serie de notas a pie de página de un texto ausente. Lo que llamamos “el cuerpo del texto” ha sido omitido (o quizá nunca existió), de modo que las notas se desprenden del vacío, de páginas y páginas en blanco.

9. Zumbonas, inoportunas, abundantes, las notas a pie de página se han vinculado desde su invención a los insectos,^{9.1} no sólo por su parecido con dípteros diminutos y hormigas aplastadas, sino porque tan pronto aparece la primera, no tarda en desbordarse como plaga. La fiebre de la nota al pie, también conocida como “mal del asterisco”, es quizá consecuencia de la brevedad que la constriñe; ya que apenas se le concede levantar el vuelo, prolifera y se expande a su modo, esto es, de forma sincopada y pululante.^{9.2}

9.1 El cariz entomológico que pueden adquirir las notas en un libro no tiene que ser, por fuerza, repelente.^{9.1.1} Hay notas que sacan ronchas y otras que son vectores del error al acarrear referencias ya superadas, pero las hay también que aletean con la elegancia de una mariposa o que hacen un trabajo silencioso e inauguran pasadizos comunicantes insospechados, como los de las polillas. Tal vez nos parezcan demasiado laboriosas, entremetidas y sin sentido, y nunca faltarán quienes repudien ensuciarse las manos con su baja estofa; sin embargo, aun la faena del escarabajo estercolero puede ser coronada por la perfección y la belleza de la esfera que lo ocupa.

9.2 Basta observar los aspavientos de ciertos lectores ante el panorama urticante de una página infestada de notas, la forma desesperada en que manotean y sacuden el libro, como si quisieran deshacerse de su invasión minúscula...^{9.2.1}

9.1.1 Especímenes en apariencia repulsivos –como las referencias que no consignan el número de página–, son inocuos y apenas revolotean en torno; mientras que otros –que debajo de élitros eruditos despliegan alas seductoras– pueden alojar tal ponzoña hermenéutica, tal terquedad por demostrar lo mucho que saben, que nos empujen a abandonar el libro tal vez para siempre.

9.2.1 La idea de que la nota al pie pertenece al mundo inferior y rastrero de los insectos puede ser volteada de cabeza para invertir su semblante hostil y desdeñoso. Ya que es el hábitat de una clase animal completamente ajena y casi extraterrestre, ofrece la ocasión de repasar y de volver al texto –y de mirarnos a nosotros mismos escribiéndolo– desde fuera, desde una perspectiva satelital, como desde los ojos de un insecto.^{9.2.1.1}

9.2.1.1 Ocasiones para pensar al margen de nosotros mismos, las notas tienen algo de moscas mentales que soltamos para que miren el texto que escribimos desde el otro lado del vidrio. **EP**